

El trabajo y la ociosidad.

El hombre requiere actividad.

El estado de inacción le es impropio.

Aun cuando su cuerpo no se ocupe en nada, su espíritu trabajará. Porque el pensamiento y el corazón no pueden estar ociosos.

Nunca la cabeza se hunde tanto y se cansa en cavilaciones, como cuando el hombre está desocupado.

La imaginación, no sujeta á un ejercicio que exige su actividad, se pierde en los espacios quiméricos que inventan nuestros deseos.

A la imaginación del ocioso se agolpan en tropel, como para martirizarle, los desengaños tristes del pasado, la desilusión fría del presente, la inquietud sombría del porvenir.

El pensamiento del hombre ocioso trabaja más, mucho más que el del hombre ocupado; pero sin método, de un modo inquieto y febril, y recorriendo muchos lugares, sin sacar otro fruto que cansancio, obscuridad, desilusión, abatimiento.

Si el hombre que trabaja ocupa su pensamiento en aquello que trabaja, el ocioso lo ocupa en muchas cosas á la vez sin dirección ni freno.

El pensamiento del hombre ocioso, viéndose libre, vuela en todas direcciones, como pájaro que busca lugar ameno y delicioso donde descansar. Mas aun que recorra todos los espacios imaginarios é invente mil quimeras no halla descanso en nada porque nada nos satisface completamente.

¡Y cómo se cansa la pobre imaginación impelida por vehementes deseos, buscándonos algo que nos recree y satisfaga y suavice esta miserable existencia!

Pero como este algo no se encuentra y cada ilusión una vez probada se convierte en desengaño, por esto nunca está quieta y sosegada.

Dícese que la imaginación es la loca de la casa. Conocido: pero de sus locuras no es ella responsable.

La imaginación suele obedecer á nuestros deseos y sentimientos.